

EL AMIGO DE LA INFANCIA

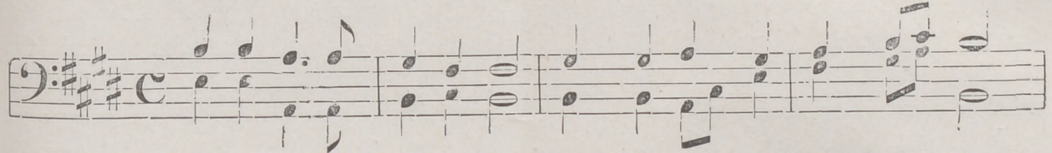
Año LXI

MADRID, 18 DE MARZO DE 1934

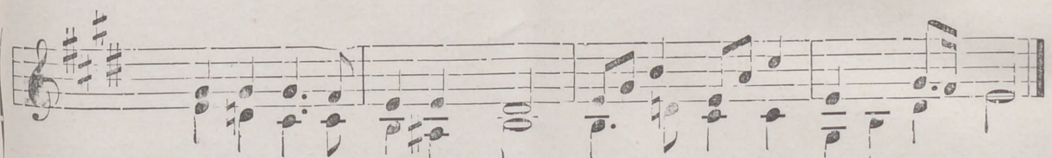
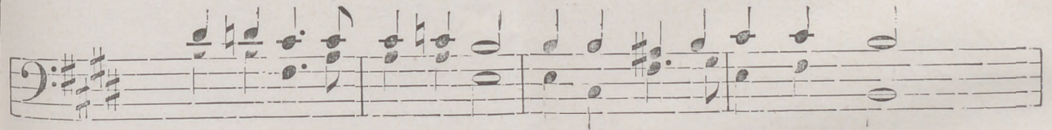
NUMERO 11



1. Al—ma, ce—se tu do—lor; To — do con — su — mó Je — sús:



Tu cas—ti—go El pa—de—ció Es—pi—ran—do en la vil cruz.



Al—ma, ya no llo—res más, Mi — ra a Cris—to y vi — vi — rás.



2. En el Justo se cargó
Toda su iniquidad,
Y a su Padre se ofreció
Por ganar tu libertad.
Mira, triste pecador,
Jesús es tu Salvador.
3. Si te entregas todo a El,
El te otorgará perdón.
Hallaráse siempre fiel,

4. Pronto a darte salvación.
Mira a Cristo por la fe,
Sin demora mirale.
¡Ah, Señor!, propicio sé
A mí, pobre pecador.
Heme aquí con poca fe,
Dame más ¡mi Salvador!
Ven ¡oh Cristo! sálvame.
¡Del pecado líbrame!

JESUS Y LOS NIÑOS

Sin duda alguna, todos los pequeños que nos lean se acordarán muy bien de aquellas ocasiones en que Jesús se nos muestra en el Evangelio bendiciendo a los niños. Los discípulos del Señor trataron en cierta ocasión de que las madres no se llegasen con sus niños al Maestro, pues no le dejaban descansar, importunándole — según ellos — con sus solicitudes de bendición para sus pequeños. Y es entonces cuando Nuestro Señor Jesucristo, al contemplar tal escena, pronuncia las no por conocidas menos solemnes palabras: “Dejad los niños venir a Mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos.”

¡Qué impresión debieron causar en los discípulos estas palabras! Pensaban hacer un servicio en favor del Maestro, tratando de evitar que le llevasen niños para que los bendijera, y Jesús, dándose cuenta de ello, no sólo condena su actitud, sino que dice que de estos pequeñitos que los discípulos apartaban para que no se llegasen al Salvador, es el reino de los cielos.

Podemos imaginarnos la íntima satisfacción que estos niños sentirían al verse tratados de manera tan cariñosa. ¿Y no es verdad que también a nosotros nos habría gustado estar entre estos pequeños que eran llevados por sus madres a Jesús para que les otorgase su bendición, y que Cristo, tomándonos en sus brazos nos subiese en alto, o nos sentase en sus rodillas, al propio tiempo que, acariciándonos, nos relatase alguna de sus maravillosas parábolas?

Mas no tenemos ese privilegio material, aunque El nos siga otorgando mayores beneficios espirituales desde el cielo, donde se encuentra sentado a la diestra de Dios.

Mucho, mucho amó Jesús a los niños durante su breve estancia en la tierra, a la que descendió para pagar en nuestro lugar,

muriendo en vil cruz, el castigo de que éramos merecedores por nuestro pecado; pero más, infinitamente más, ama Cristo ahora a los pequeños.

¡Cuán amorosamente se goza en ver en los niños interés por ocuparse en los asuntos espirituales, asistiendo con asiduidad a la Escuela Dominical, sabiendo bien de memoria el texto áureo señalado, y sobre todo, dando muestras desde pequeñitos de que le amamos, queremos ser sus discípulos, y procuramos vivir conforme a sus enseñanzas! Entonces sentimos que nos toma en sus brazos, nos sienta en sus rodillas, y acariciándonos, nos dice dulce, muy quedo al corazón: “Sigue, sigue así, amiguito. No estás solo. Yo te ayudaré a seguir adelante.”

La cuestión está en que nosotros queramos que Jesús nos bendiga. “De los niños es el reino de los cielos”, pero si no queremos entrar en él, ¿de qué sirve que haya allí preparado un lugar para nosotros? Si nuestro padre nos dice que nos va a dar un regalo, y no lo creemos, no alargando las manecitas para recibirlo, ¿lograremos tenerlo?

De los pequeños es el reino de los cielos, porque hay en ellos cualidades que son características de los súbditos del mismo. La entrada en él es voluntaria, no por fuerza. Jesús nos invita HOY a entrar a él. Para ello, sólo es preciso que le recibamos en nuestros corazones, dejando que gobierne nuestras vidas.

Si lo hacemos así, seremos súbditos del reino de los cielos. Si no lo hacemos, no. Una pregunta para terminar: ¿Quieres ser tú, lector, súbdito de ese glorioso reino? ¿Sí? En tus manos está la elección. Sé sabio, con la ayuda de Dios, en ella.

RAMÓN TAIBO SIENES

“Ya
zón; n
trajera
no llev
cha, qu
echaba
visto
“Tan
que aqu
no crec
otros r
saba en
Lo que
didades
gación.
de sí l
hubiera
vado c
al per
truduc
Yo sé
estoy
pedía
sangre
A p
para h
tanos
a la m
Pas
pasaba
de las
la call
un sor
dereta
Isab
por en
había
especi
torper
tocado
una r
ruidos
pobre

MISCHKA

(Conclusión)

“Ya ve usted, señora, si yo no tenía razón; mejor hubiera sido si usted jamás trajera esta pordiosera gitana a casa; no lleva a ningún fin bueno.” La muchacha, que dijo esto, era la única que no echaba de menos a Mischka; ella había visto siempre un estorbo en la niña. “Tan desgraciada por todo lo bueno que aquí tenía.” “No—dijo la señora—, yo no creo que Mischka es desagradecida; nosotros no podíamos imaginarnos lo que pasaba en su corazón y qué ansias tenía ella. Lo que para nosotros es alegría y comodidades, para ella es prisión y dura obligación. Es hija de gitanos y lleva dentro de sí las ansias de libertad de su tribu. Si hubiera querido robar, podría haberse llevado cosas de más valor que los lazos, y al perro le necesitaba únicamente para introducirse mejor entre los gitanos extraños. Yo sé que fervorosamente sabía orar; pero estoy segura que en sus oraciones siempre pedía su libertad. Tenía y tendrá siempre sangre de gitanos.”

A pesar de esto avisaron a la Policía para hacer pesquisas, pero la banda de gitanos había ya abandonado el campamento a la madrugada del mismo día.

Pasaron algunos años, cuando Isabelita pasaba con sus padres por una de las calles de las afueras de la capital. A la salida de la calle se aglomeraron los niños y se oía un sordo murmullo y el sonido de una pandereta.

Isabelita, ya muy crecida, podía mirar por encima de los hombros de la gente que había delante de ella. No pasaba nada de especial. Un oso negro, gruñendo, bailaba torpemente al son de un tambor, que era tocado por un viejo gitano, mientras que una muchacha morena y joven manejaba ruidosamente la pandereta. Debajo de una pobre faldita se podían ver dos lindos pie-

cecitos desnudos y la mirada de dos ojos de un negro profundo cruzaba de vez en cuando por encima de los espectadores. Al mismo tiempo observaba a un perro blanco que, andando en sus patas traseras, pedía limosna al público con una gorra en la boca. La expresión amable de sus ojos y la muda petición al menear la cola, animaban a la gente a echar sus pequeños óbolos en la gorra. En efecto, el perro entendía bien el negocio.

“Mamá, mira, ¿no es ésta, no es...?”

“Pillo”, “Pillo”, ¿dónde estás? ¡Ven, ven, mi animalito!” Isabelita había llamado con voz fuerte.

Por un momento el perro se paró, como si meditara; luego dejó caer la gorra con las monedas y se abrió paso por entre los niños. Loco de alegría saltó delante de Isabelita una y otra vez.

Un agudo silbido del gitano sonó. “Pillo” vaciló. Después se marchó cabizbajo y con la cola entre las patas traseras hacia el grupo del oso y del gitano. Una mirada fugitiva se clavó por un momento en la cara de Isabelita; después la figura esbelta de la joven gitana había desaparecido entre la muchedumbre, y también el gitano, con su oso, se marchó del escenario. Este fué el último y único encuentro de las dos niñas. Jamás se han vuelto a ver.

“Mamá, ¿has reconocido a “Pillo”? El lazo roto que llevaba me lo han regalado una vez para mis cumpleaños. ¡Y Mischka hizo como si jamás me hubiera visto!” ¡Isabelita no podía comprender tanta maldad e ingratitud de la chica morena!

Entonces dijo el padre: “Isabelita, Mischka es hija de gitanos. Los gitanos son muy distintos de nosotros. Quizás era atrevido querer encerrar un pájaro del bosque en una jaula dorada. Sin hogar, sin descanso y sin rumbo fijo, esta gente recorre el mundo. ¡Es su afán, y probablemente también Mischka encuentre su felicidad en esta clase de vida, porque es gitana!”

J U L I O

Julio era un negrito africano, que vivía en una aldea donde las casas eran chozas hechas de palos y ramas secas. La gente de aquel lugar eran malvadas, el corazón de ellos estaba en tinieblas y en pecado, pues ellos no sabían nada acerca del Señor Jesucristo. Cerca de la aldea de Julio había una escuela misionera, allí había hombres blancos que habían venido de muy lejos para enseñar a aquellos pobres negros el amor de nuestro Salvador. Julio iba a la escuela misionera, pues tenía muchos deseos de aprender; allí trabajaba duro; el pobre Julio nunca había ido a la escuela y le era muy difícil aprender las lecciones. Pero una cosa sí aprendió Julio bien, y eso no fué muy difícil. Julio aprendió en seguida a amar al Señor Jesús; el creyó en su corazón que Jesucristo es el Salvador y que había muerto en la cruz por él, por el negrito Julio... ¡Qué feliz era Julio entonces!, y lo que él más quería ahora era que todo el mundo supiera también acerca del Señor Jesucristo.

Así fué que Julio salió de la escuela misionera y se fué a la aldea de Kanusi, donde no había ni una sola persona cristiana. Por el contrario, la gente de aquel lugar odiaba a los cristianos, y tan pronto como se enteraron que Julio se había convertido, también le querían matar. Pero Julio no se intimidó. El sabía muy bien que los espíritus que aquella gente adoraban no podrían hacerle daño, porque ahora él era un siervo del Dios viviente, el cual ha prometido cuidar de sus hijos.

Julio tenía un hermano muy malo y muy atrevido, que no era cristiano, sino un ladrón; éste vivía en la misma aldea de Kanusi. Un día este hermano fué a los cam-

pos del rey de ese lugar, y metiéndose por los sembrados, empezó a robar todos los granos que encontraba. Cuando ya tenía su saco casi lleno, el rey mismo apareció, y muy indignado de ver a un ladrón entre sus sembrados cogió su escopeta y apuntando al hermano de Julio el rey gritó: "Si cogéis un grano más os mataré." Pero este hermano de Julio era muy insolente, y sin inmutarse siguió metiendo granos en su saco, como si no hubiera oído al rey. Este se indignó aún más, y descargando su escopeta, mató al audaz ladrón.

Cuando Julio se enteró de la muerte de su hermano se entristeció y también se molestó mucho. Julio estaba triste porque sabía que su hermano había muerto en sus pecados, sin creer en el Señor Jesucristo, y que, por lo tanto, no iría al cielo, y Julio estaba muy enfadado con el rey por haber matado a su hermano como si fuera un animal.

Pero Julio tenía el amor de Jesucristo en su corazón, y su amor era más poderoso que su ira, así que Julio oró al Señor, y en poco tiempo se convenció que él debía de ir a ver al rey y decirle del amor de Jesús. Así lo hizo, y ¡cuál no sería el gozo de Julio al ver que el rey recibió el mensaje de salvación que él le traía! El rey creyó en Jesucristo, que El había muerto en la cruz para libertarlo del pecado.

Julio no sólo le habló al rey de la Buena Nueva de salvación, sino también a muchos hombres y mujeres de Kanusi, y muchos fueron los que creyeron por la palabra de Julio. Todo porque Julio fué fiel y dejó el amor de Cristo triunfar en su corazón.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año: en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50*
Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60, Madrid.

¡Vaya
 pueda
 debe ser
 queridos
 ta lo qu
 multimi
 profesor
 milia er
 Mar N
 dónde e